

REGISTROS, Mar del Plata, año 10 (n.11): 20-39. Julio 2014. ISSN 2250-8112

Espacios de mediación: la Ciudad Universitaria de Córdoba, 1949-1962

Mediating Spaces: Córdoba's University Campus, 1949-1962

Sebastián Malecki

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Abstract

In the present paper I intend to inquire the history of University of Córdoba's Campus as it will allow us to show the different mediations that took place in Córdoba between architecture and politics, and between the city and culture. In this way, the University Campus becomes an heterogenous artifact that enable to replace some architectural debates in a broader cultural history, in the context of major urban transformations that were taking place in Córdoba.

Resumen

En el presente trabajo nos proponemos indagar sobre la historia de la Ciudad Universitaria de Córdoba, en tanto nos permitirá mostrar las diferentes mediaciones que se dieron en Córdoba entre arquitectura y política y entre ciudad y cultura. De tal forma, Ciudad Universitaria se presenta como un artefacto heterogéneo que habilita a reponer algunos debates arquitectónicos en una historia cultural más amplia, al tiempo que nos sitúa en un momento muy particular de la ciudad, en el que se estaban desarrollando importantes transformaciones urbanas.

Córdoba - university campus - peronism - planning competition

Córdoba - ciudad universitaria - peronismo - concurso de planificación

Licenciado en Filosofía UNC. Magister en Estudios Iberoamericanos, Universidad Católica de Lovaina. Doctorando en Historia. Profesor Asistente de Historia de la Arquitectura UNC

Recibido el 23 de diciembre de 2013

Aceptado el 24 de mayo de 2014

I Presentación

Pocas ciudades han construido su identidad de forma tan estrecha y persistente en relación a su universidad, hasta el punto de llegar a una total identificación con ella, como Córdoba. A pesar de que ambas no tienen el mismo origen —mientras la ciudad fue fundada por orden real en 1573, la universidad lo fue por los jesuitas cuarenta años después, en 1613—, la universidad jugó un papel central a lo largo de su historia, ya sea como instancia de selección de sus élites dirigentes que llegaron a constituir, según Juan Carlos Agulla, una verdadera “aristocracia doctoral”; ya sea como espacio de renovación intelectual que, a partir de la Reforma de 1918, proveyó de un nuevo ideario en el que Córdoba aparecía con una faceta bifronte de difícil síntesis entre las corrientes europeas y modernizadoras del puerto, y las corrientes hispanistas y tradicionales del interior americano. Incluso aún, en el imaginario popular Córdoba ha quedado como *la docta*.

No es de extrañar, pues, que el anhelo de una Ciudad Universitaria (CU) haya sido un proyecto de largo aliento en la ciudad, ni hemos de sorprendernos que se apelara, una y otra vez, a esa estrecha relación para justificar los terrenos que la Universidad deseaba. Porque si hay una persistencia en todos los proyectos, fue la de imaginar el nuevo espacio universitario sobre los terrenos que limitaban al sur el barrio de Nueva Córdoba y que eran una extensión natural del Parque Sarmiento. Tal vez porque en esas colinas al sur, la Universidad imaginaba ocupar un espacio urbano acorde a su importancia en la vida de la ciudad. Sin embargo, la materialización de la CU no fue un proceso lineal ni respondió a modelos definidos, entre otros motivos, porque su concreción se dio en contextos marcadamente diferentes y respondió a razones completamente dispares, incluyendo un conjunto de proyectos de los que algunos sólo fueron pensados y otros parcialmente llevados a cabo (fig. 1).



Fig. 1: Plano de la ciudad de Córdoba (circa 1951). Archivo Jorge Sabaté, Museo Evita, Buenos Aires.

En el presente trabajo nos interesa indagar en ese heterogéneo *artefacto* que es la CU de Córdoba. Ya sea por el protagonismo de la Universidad en la sociedad o por su ubicación en la propia ciudad, la historia de la CU se plantea como un excelente caso para pensar el papel singular del espacio como formador de representaciones y de prácticas. Para ello, nos proponemos abordar la CU desde la perspectiva de la historia cultural en tanto nos permitirá ver las complejas relaciones entre arquitectura, política y ciudad. Efectivamente, la problemática de las ciudades universitarias tuvo un importante desarrollo a lo largo del siglo XX, en una amplia franja de tradiciones que iban desde reformadores sociales y pedagógicos a urbanos, en las que se articulaba la realización utópica de una ciudad posible con una reestructuración de la universidad y su rol en la sociedad. La CU, por tanto, implicaba una doble operación: por un lado, sobre el espacio del saber, al suponerse que la concentración en un mismo sitio de todas las actividades universitarias permitiría superar el aislamiento y la compartimentación del conocimiento; por otro lado, sobre el espacio urbano en donde se depositaban esperanzas de renovación y mejora de la dinámica urbana.¹ Por tanto, ¿qué ciudad se pensaba en los diferentes proyectos de ciudad universitaria para Córdoba? ¿Qué condiciones hicieron posible su realización? ¿Cómo funcionó ese *espacio universitario* en la ciudad material?

En base a esta perspectiva, quisiera proponer la hipótesis de que la CU se constituyó en un “espacio de mediación” entre arquitectura y política, entre cultura y ciudad. Más precisamente, me propongo avanzar sobre dos hipótesis específicas y complementarias: por un lado, siendo la CU un proyecto de largo aliento en la ciudad –con una temprana formulación en 1909–, encontró su momento de materialización más importante en el periodo que fue de 1949 a 1962, entre el proyecto de la Fundación Eva Perón (FEP) desarrollado de 1949 a 1955 y el Concurso Nacional de Planificación de Ciudad Universitaria, encarado por la propia

Universidad en 1962. Pero si el proyecto de la FEP, llevado adelante por Jorge Sabaté desde finales de 1951, debe enmarcarse en su política nacional menos preocupada por los debates específicos sobre la universidad y el urbanismo que en un proyecto de asistencia social centrada en el ámbito de la salud, la educación y la vivienda, el Concurso de 1962, por el contrario, fue la culminación de una serie de debates en el que se cruzaron posiciones políticas, reformismo universitario y concepciones arquitectónicas, en un consenso general sobre las bondades de los llamados a concurso de arquitectura. Pero el mismo significó, además, la consolidación de un dispositivo –instaurado con el golpe de 1955– que pretendía negar todo lo realizado por el peronismo, incluso el proyecto de Sabaté. El resultado del Concurso fue tanto un reflejo de las líneas dominantes en la arquitectura del momento, cuanto la anticipación de algunos dilemas –entre “reformismo” y “revolución”– que se desataron con mucha crudeza en los 70.

Por otro lado, para cuando la CU comenzó a ser construida, los terrenos que ocupaba habían pasado de ser uno de los bordes sur de la ciudad, para quedar inmersos en el medio de una urbe en rápido crecimiento. Situada a poca distancia del centro, la CU se ubicaba en un espacio intermedio respecto de las nuevas periferias que proliferaban y se consolidaban alrededor de los asentamientos industriales. Tal vez por ello, Ernesto La Padula incluyó estos terrenos como una parte integral de su Plan Regulador para la Ciudad, llevado adelante en el ámbito del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia entre 1954 y 1958. Las condiciones políticas favorables dadas con la “Revolución Libertadora” permitieron que La Padula, en su doble condición de asesor del MOP y de la Universidad, fuera una figura central en las gestiones que posibilitaron el traspaso definitivo de los terrenos a la Universidad. Con ello, daba lugar al único proceso de renovación urbana del Plan Regular. Por tanto, al tiempo que la Universidad se trasladaba a su nuevo predio y que la ciudad crecía y se expandía, la Ciudad

Universitaria se convertía en un espacio de mediación entre el centro y la periferia, entre ciudad y cultura, en donde podían encontrarse y mezclarse modernizadores culturales con radicalizados políticos.

II Ciudad y Universidad

Como señalamos al principio, todos los proyectos de CU se pensaron sobre los mismos terrenos. Estos estaban ocupados, desde 1889, por la Escuela Nacional de Agricultura y Ganadería fundada bajo la presidencia de Julio A. Roca (de la que todavía se conservan algunos edificios), aunque la propietaria fuera la Provincia. De allí que la suerte de la CU implicara un juego a tres puntas entre Provincia, Nación y Universidad. Ésta última, por tanto, debía gestionar ante la Provincia unos terrenos que eran usados por la Nación y así entrar en el terreno de las tramas políticas que la excedían. A pesar de ello, las diferencias ideológicas adentro de la Universidad no impidieron que fuera un deseo ampliamente compartido. Lo que nos interesa a continuación, brevemente, es mostrar de qué forma se articuló dicha aspiración.

En tal sentido, el largo aliento que implicó el proyecto de la Ciudad Universitaria encontró en la identificación entre ciudad y universidad uno de sus principales argumentos, proveyendo de un ideario fuerte que le permitió justificar el reclamo de un espacio propio en la ciudad acorde al lugar que creía ocupar en la sociedad cordobesa. Dicha identificación debe inscribirse en un proceso de larga duración en el que tanto las élites locales cuanto las nacionales imaginaban y disputaban el lugar de Córdoba en el concierto nacional, en el que la universidad tenía un papel destacado. Sin dudas, esa historia encontró diversas modulaciones e inflexiones, que aquí no podrán ser tratadas.² Sin embargo, podría pensarse que el proyecto de CU constituyó una nueva ocasión para actualizar esa identificación, en el que el principal destinatario no era un público nacional sino más bien local. La recurrencia a

esa apelación en dos contextos diferentes y por dos rectores de marcados contrastes permite suponer que el anhelo de una CU era compartido tanto por conservadores como por reformistas y que estuvo menos justificado –por lo menos en sus inicios– con el deseo de una renovación institucional que con la necesidad de contar con adecuados locales universitarios.

A un primer proyecto realizado por el húngaro Johannes Kronfuss en 1909, por encargo del Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación Rómulo S. Naón,³ le siguió uno presentado por el Rector Luis J. Posse ante el Honorable Consejo Superior de la UNC en 1929. Abogado, profesor de Derecho Internacional, Fiscal del Estado durante la Gobernación de Sabatini, Posse –de extracción reformista– fue Rector entre 1928 y 1930. En los considerandos del proyecto, señalaba muy preocupadamente la situación edilicia en que se hallaba la Universidad, con pocos y mal adecuados locales para unas Facultades que veían incrementar su matrícula año a año. Situación que sólo podría ser sanada integralmente con una ciudad universitaria. Los terrenos aludidos habían quedado liberados por la Escuela de Agricultura en 1927, cuando fue trasladada a otra localidad. Por otro lado, según señalaba Posse, esos terrenos eran muy valiosos para la propia ciudad, ya que hacia allí se estaba produciendo el crecimiento urbano y la Escuela era un obstáculo para la misma. Pero lo más interesante de su argumentación es que si ciudad y Universidad compartían un destino conjunto, le tocaba a ésta ocupar un sitio urbano acorde a su aporte a la ciudad. La CU:

(...) exteriorizará la obra más grande y perdurable de cultura social, al propio tiempo que Córdoba, dando esa mínima parte de su tierra, habría retribuido a la Universidad, en algo, siquiera, su deuda siempre pendiente: por ella es el centro intelectual de la República y a ella le debe todos sus prestigios (Posse, 1927, p. 277).

De esta manera, recurría a la identificación entre ciudad y universidad para justificar, en

pensamiento analógico, que el destino topográfico de la universidad debía de corresponderse con su destino “espiritual” en la ciudad.

Con la llegada del peronismo al poder se procedió a una reestructuración parcial de las universidades. En Córdoba fue designado como Rector José Miguel Urrutia, quien llevó adelante una política de modificaciones en la Universidad, incluyendo, entre otras cosas, la apertura del Comedor Universitario, la creación de nuevas Facultades, como la de Arquitectura, y el proyecto “Ciudad Universitaria Presidente Perón” en 1948. Aunque este proyecto también fracasó, debido en parte a que un cambio en las relaciones políticas determinaron que los terrenos sobre los que se pensaba el proyecto fueran cedidos a la Fundación Eva Perón a principios de 1949, interesa señalar que, como Posse, Urrutia apelaba en su propuesta a la identificación entre ciudad y universidad:

Demostrada así la real necesidad de la fundación y creación de la 'Ciudad Universitaria' es oportuno recordar que Córdoba es ya, de hecho, una verdadera Ciudad Universitaria por su tradición, por el arraigo que el viejo Instituto tiene en el medio y por el cariño y adhesión que le presta todo su pueblo (...)

Más aún, llevaba esa identificación al punto en que ambos términos eran intercambiables: *Córdoba es su Universidad y su Universidad es Córdoba* (Urrutia, 1948, p. 12). Volveremos más adelante sobre este proyecto.

III Materializaciones: la Fundación Eva Perón y la Ciudad Universitaria de Córdoba

El proyecto llevado a cabo por la FEP entre 1949 y 1955 fue la primera materialización de CU, determinando una serie de cuestiones importantes. En primer lugar, significó la irrupción de la FEP en Córdoba, constituyendo su principal apuesta en la ciudad. En segundo lugar, esa irrupción salteaba lo local para

convertirse en parte de un proyecto de alcance nacional que desconocía en buena medida los requerimientos de la Universidad y del Municipio. En tercer lugar, su concreción significó la resolución de la estructura vial así como de los edificios más representativos de la CU, que no fueron modificados en lo sustancial hasta el presente. Y esto a pesar, en cuarto lugar, del fuerte dispositivo que se montó luego del golpe de 1955 para ocultar toda huella del peronismo, borrando hasta el nombre del proyectista.

En el análisis del proyecto de la FEP nos detendremos sobre el Pabellón Principal (hoy Argentina) porque además de ser su edificio más emblemático condensa, en cierta forma, el derrotero del conjunto. Por diferentes motivos, este proyecto debe ser relacionado con el proyecto previo impulsado por Urrutia y con el que se estaba llevando adelante en la Universidad Nacional de Tucumán. Respecto del primero, se observa una clara diferencia en la forma de concebir la inserción de la CU en el conjunto de la ciudad, además de constituir el evento por el cual La Padula llegó a Córdoba. En relación al segundo, es necesario destacar no sólo la diferencia de escala territorial, sino también en la escala de la operación política que se buscaba. Por cuestiones de espacio no podremos detenernos mucho en ambos casos.

El proyecto de Urrutia fue llevado adelante por Ángel Lo Celso, un prestigioso arquitecto de Córdoba, de buenos vínculos con diversos grupos peronistas y una clara afinidad con sectores católicos conservadores de Córdoba, que apoyaban al peronismo en ese entonces. Luego de ser confirmado como Decano de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales en 1948, se le encargó la representación de la Facultad al primer congreso de la Unión Internacional de Arquitectos que se realizó en Lausanne, Suiza. Allí Marcello Piacentini le recomendó a Ernesto La Padula como *uno de los más reconocidos arquitectos de Roma*, según sus palabras. Esto fue suficiente para que Lo Celso lo contratara para que se integre a la Oficina “Proyecto Ciudad Universitaria”.

En septiembre de 1948 se puso a funcionar la Oficina y en diciembre se constituyó el grupo de trabajo. No hay muchos registros más sobre la Oficina y lo que nos ha quedado del proyecto “Ciudad Universitaria Presidente Perón” no es más que un bosquejo general, con una diagramación del conjunto y algunos croquis de los edificios. A pesar de la poca información que disponemos, se puede destacar del proyecto una doble operación. Por un lado, una voluntad de intervenir en la trama urbana existente al establecer el eje principal del complejo sobre la colina que da a la Plaza de la Paz (hoy de las Américas). De tal manera, se comprometía con un eje urbano diferente al de los dos proyectos anteriores, buscando revalorizar un sector de la ciudad relativamente degradada –en comparación al resto de Nueva Córdoba y, sobre todo, en oposición a las cercanías de la Plaza España que completaba el triángulo de avenidas planificadas para el barrio– por su proximidad con la Cárcel de Encausados y el barrio de Güemes, una barriada popular que creció en los márgenes del arroyo La Cañada. Por el otro, una intención de prolongar la ciudad dentro del campus universitario, al extender la grilla de Nueva Córdoba sobre la propia CU.

Si La Padula llegó a Córdoba convocado para participar en el proyecto de Córdoba, otro grupo de arquitectos italianos –Ernesto Rogers, Luigi Pierre Nervi, Cino Calcaprina y, en menor medida, Enrico Tedeschi– fueron invitados a participar del proyecto de CU de la Universidad de Tucumán (Liernur, 1995). Dicho proyecto, impulsado durante el rectorado de Horacio Descole, fue llevado adelante por Jorge Vivanco, Horacio Caminos y Eduardo Sacriste quienes, además, eran docentes en el Instituto de Arquitectura y Urbanismo. La CU se proyectó sobre unos terrenos de unas 18.000 Ha que la Universidad había comprado en 1948 en el cerro San Javier, a unos 1.200 metros de altura y distantes a unos 12 km de la ciudad de Tucumán. El proyecto era de una escala gigantesca y formaba parte de un proyecto político-intelectual de alcances regionales. Según ha señalado Jorge Liernur (2008a), este

proyecto fue una de las principales experiencias en el desarrollo de la “arquitectura moderna” en Argentina, constituyéndose en uno de los paradigmas de la planificación en los años 50, en base a la aplicación de los cinco puntos de la Carta de Atenas (Deambrosis, 2011). La magnitud del proyecto, la convocatoria a destacados profesionales nacionales e internacionales y el impacto que tuvo en los debates disciplinares de la época contrasta con el proyecto de la FEP para Córdoba que, por el contrario, se manejó exclusivamente dentro del ámbito de la Fundación, su propuesta no iba más allá de constituir un conjunto edilicio para albergar a estudiantes y unas pocas actividades académicas, ajeno –por tanto– a cualquier proyecto universitario, sufriendo, además, una serie de complicaciones que incluyeron el cambio de proyectista, denuncias penales y su interrupción con el golpe de Estado de 1955 antes de terminarse.

Antes de continuar, es preciso enmarcar el proyecto de la FEP para Córdoba dentro de la política general. Tal vez una de las iniciativas más controvertidas de Eva Duarte de Perón, la Fundación fue una de las piezas claves de la política de seguridad social del gobierno peronista. Si bien era una asociación privada, recibió su financiación principalmente del Estado y, en menor medida, de donaciones privadas. Según lo señalan Horacio Gaggero y Alicia Garro (2009, p. 305), la FEP abarcó a los sectores sociales que dejaba afuera el sistema sindical incorporándolos también a la estructura del régimen. Las tres grandes áreas de acción social de la FEP fueron salud, educación y viviendas, muchas veces compitiendo y/o desplazando a los Ministerios correspondientes. En el área de Educación, la FEP llevó adelante una amplia política de construcción de escuelas y hogares escuelas. También incursionó parcialmente en el ámbito universitario, proponiendo la creación de dos ciudades universitarias: la de Mendoza y la de Córdoba, además de un Comedor Universitario en la UNLP, cuyo diseño arquitectónico remitía al Pabellón de Barcelona de Mies Van der Rohe.⁴ El proyecto

de Córdoba estaba destinado principalmente a alojar estudiantes, pero además incluía un hogar escuela y un hogar para ancianos, incorporando en un mismo proyecto las tres áreas principales de trabajo de la FEP. Según palabras de Eva:

*La Fundación tampoco ha querido estar ausente en materia de ciudades universitarias. Es por eso que está construyendo una en la ciudad de Córdoba, que será la primera de la República Argentina, modelo en su género y orgullo de los argentinos, que admirarán todos los hombres de bien.*⁵

Más allá de esta mención explícita a la CU de Córdoba, prácticamente no se la nombra ni se la publicita en los medios oficiales, presumiblemente porque no llegó a terminarse antes del golpe de Estado. El derrotero de esta iniciativa contrasta con la de Mendoza, que llamó a concurso de ideas, resultando ganador un proyecto de Jorge Vivanco.⁶

En consonancia con la lógica del peronismo que ratificaba topografías heredadas, aunque disputando sus contenidos, el proyecto de la FEP volvía a adoptar como entrada a la CU la que procedía de la Plaza España, apoyándose en un valor urbano ya consolidado. El tratamiento arquitectónico del conjunto fue resuelto en el primero proyecto de 1949 recurriendo a la “estética rústica” que era normalmente usado en los edificios de la FEP. Como ha señalado Anahí Ballent (2005), el recurso a esa estética, que engloba desde variantes del “neocolonial” al “estilo californiano”, respondió en la política de la FEP a un intento por “democratizar” un estilo que ya contaba con un amplio consenso social al haber sido incorporada, en la década del 30, por los sectores medios altos y altos de la sociedad argentina. Sin embargo, según se desprende de los informes elaborados por Sabaté, el proyecto original tenía importantes deficiencias en el diseño así como en la construcción de algunos pabellones, a lo que se le sumaban problemas con obreros y denuncias penales por defraudación. Estas cuestiones habrían determinado el cambio del proyectista. La elección de Sabaté debe haber

estado influenciado por su buena relación con Eva Perón, el prestigio que tenía como arquitecto, su colaboración con la FEP en diversos proyectos y con el Gobierno en general, sumado a su conocimiento del tema de ciudades universitarias.⁷ De tal forma, Sabaté se hizo cargo a finales de 1951 y trabajo en él hasta 1954, cuando parece que diversos problemas determinaron su alejamiento del proyecto, poco tiempo antes de que fuera desplazado de la Intendencia de Buenos Aires en la que había sido designado en 1952 (fig. 2).

De acuerdo con la memoria descriptiva “Ciudad Universitaria de Córdoba. Anteproyecto de modificación y ampliación”,⁸ las deficiencias observadas en el proyecto original requerían de una revisión general del mismo. Para abril de 1952, Sabaté había modificado levemente la distribución de algunos edificios, agregándole algunos pabellones nuevos, aunque respetando las *líneas del estilo adoptado originariamente*. Del total de las modificaciones, quisiéramos detenernos en dos. La primera remite a la propuesta paisajística del conjunto, ya esbozada en el primer proyecto, pero que Sabaté la acentúa al independizarlo en el “Proyecto de los jardines”, con peso propio, aunando paisajismo y circulación funcional, ya que a la avenida principal, pensada más en términos estéticos que circulatorios, le correspondía una suerte de anillo de circunvalación que encerraba al conjunto.

La segunda cuestión nos lleva al diseño del Pabellón Principal, elemento que articula la totalidad del conjunto. El proyecto original contemplaba un edificio con dos volúmenes en el frente, uno para el Auditorio y otro para el Salón de Actos, atrás de éstos se ubicaban cuatro pabellones perpendiculares a la calle de entrada en donde se alojarían los estudiantes (divido por sexos), un quinto pabellón, sobre el extremo izquierdo, estaba destinado al Comedor Universitario. Según la opinión de Sabaté, este proyecto tenía serios problemas de composición y funcionalidad. Además, se proponía incrementar la capacidad de alojamiento del edificio,

pasando de 300 a 1000 camas y la superficie de 24.000 m² a 40.000 m².⁹

El nuevo proyecto de Sabaté se estructuraba compositivamente a partir de un gran *hall* central de unos 800 m² de doble altura que daba lugar a un espacio homogéneo y neutro que comunicaba a derecha e izquierda el Salón de Actos y el Salón de Conferencias. Para Sabaté, la calidad monumental del edificio estaba dada por el espacio del *hall* central. Además, el pabellón combinaba preocupaciones funcionalistas –como en el seguimiento de las *reglas de acústica* y de *visibilidad* para el Salón de Conferencias, la búsqueda de una circulación eficiente y del uso de la luz natural en las habitaciones–, tipología

de pabellón en altura, con el recurso a un lenguaje “neocolonial”. La fachada propuesta por Sabaté, entonces, unía los dos volúmenes laterales –que en el primer proyecto aparecían como separados– por medio de un nuevo pórtico que, con arcos de medio punto en la planta baja y ventanas con balcones en el primer piso, daban un tono “pintoresquista” al recordar a los cabildos coloniales. La fachada se completaba con unas columnas coronadas con estatuas que daban a la calle central de CU con *amplia jardinería baja para permitir la perspectiva* que se unía a un espejo de agua en el cantero central. De tal forma se generaba un gran atrio entre el Pabellón Principal y los edificios que se le oponían, complementados con las calles central y laterales.

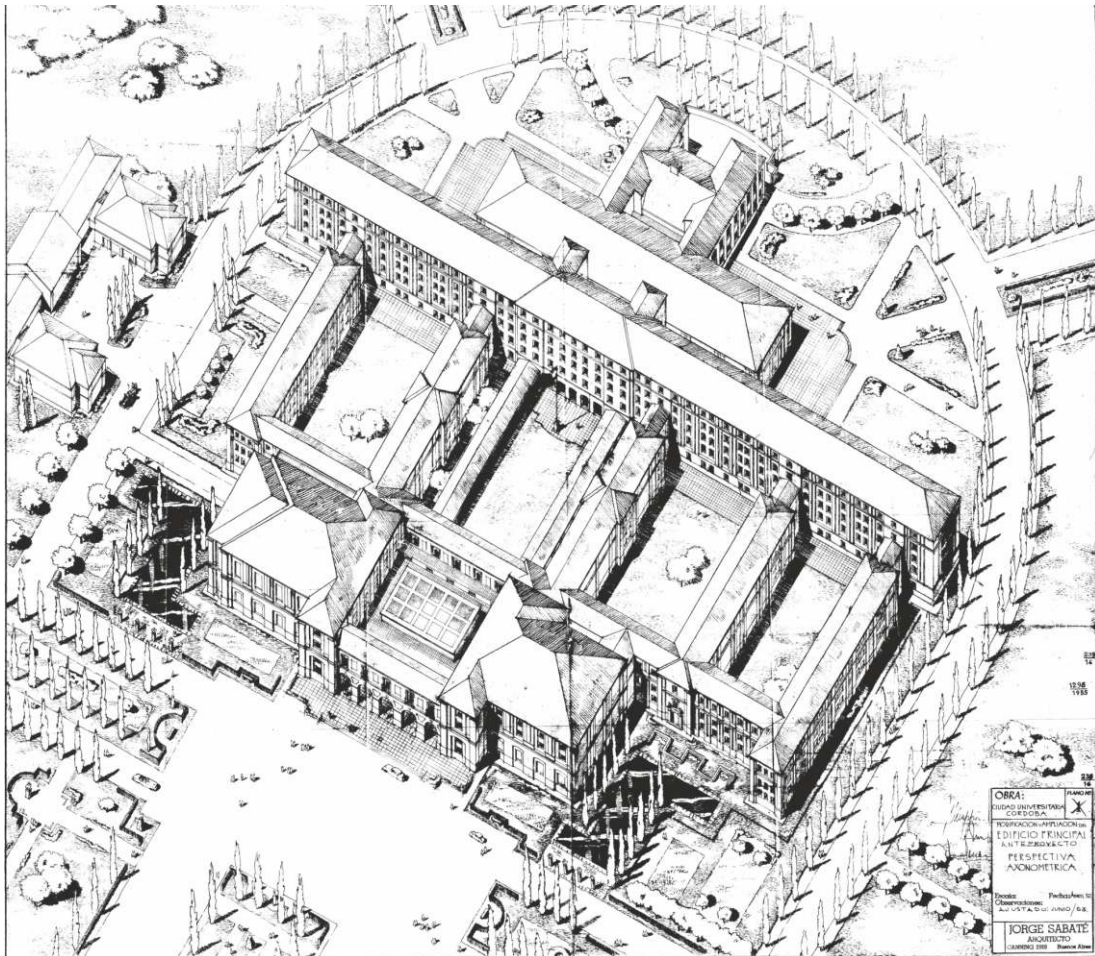


Fig. 2: Axonométrica Pabellón Principal (1952), Proyecto Sabaté. Documentación perteneciente al Archivo del Centro de Documentación e Investigación de la Arquitectura Pública –CeDIAP– del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas.

El proyecto de Sabaté, es necesario remarcarlo, no llegó a completarse antes del golpe de Estado de 1955, quedando sin construir, entre otras cosas, todo el pabellón posterior. Sobre este proyecto sin terminar, entonces, se montaron una serie de operaciones –algunas materiales, otras simbólicas– como parte de un dispositivo que pretendió, al mismo tiempo, borrar las huellas del peronismo e instalar una interpretación del mismo. En tal sentido, tal vez el punto más sintomático fue el cambio en la fachada del Pabellón Principal en octubre de 1955. Mientras se ha indicado que el Pabellón de Sabaté tenía ciertas reminiscencias a una “arquitectura fascista” por su “monumentalidad”, lo cierto es que la actual fachada de cierto aire a un clasicismo monumentalista, en base a una gran terraza con columnas clásicas –cuya pared traslúcida en gesto modernista no hace más que acentuar–, fue el resultado de la intervención de los nuevos técnicos designados por el golpe de Estado. Paradójicamente, esa misma “Revolución Libertadora” que buscaba anular el periodo peronista por sus caracteres “fascistas”, fue la que introdujo el elemento más monumentalista en el Pabellón Principal (no interesa acá discutir la identificación entre monumentalismo y fascismo).

IV Ciudad, Universidad y Plan Regulador

Con el golpe de 1955, las obras de Ciudad Universitaria quedaron suspendidas cuando aún no habían sido terminadas. Quedaba el problema, además, de qué hacer con las posesiones de la FEP. Sobre este punto terminaron confluyendo acuerdos políticos, intereses universitarios y planificación urbana, cuya figura central fue La Padula.

Luego del fallido proyecto de Lo Celso, La Padula no tuvo problemas en integrarse a la Escuela de Arquitectura. Al poco tiempo también entró en contacto con diversos ámbitos estatales, principalmente en el Ministerio de Obras Públicas (MOP) de la Provincia, en donde empezó a trabajar como “técnico”, y en la Municipalidad. En ésta, durante la Intendencia de Martín Federico,

colaboró en el Concurso para el Palacio Municipal, en la revalorización de la Catedral y en la confección de varias Ordenanzas. De tal manera, en noviembre de 1954 fue designado Director del equipo redactor del Plan Regulador (PR) de la ciudad que impulsó el propio Federico. El trabajo del equipo se prolongó hasta 1958, cuando fue disuelto, siendo aprobado recién en 1962. Nos interesa destacar aquí el lugar que le asignó La Padula a la CU en el PR.

Ante todo hay que indicar que el PR se pensó sobre la base de una nueva dinámica urbana que ya estaba en funcionamiento. Efectivamente, para mediados de los 50 en la ciudad ya se podían ver las transformaciones que iban a terminar de consolidarse unos diez o quince años después. Córdoba, además de duplicar su población entre 1947 y 1970, sufrió una explosión de su mancha urbana que se evidenció en la consolidación de su periferia, en base a pequeños asentamientos preexistentes, que comenzaron a poblarse de obreros con la instalación de las grandes industrias automotrices. Estos cambios, según La Padula, habían sido *anárquicos*, por *acumulación de elementos aislados*, lo que llevaba a la *crisis de su crecimiento*. Pero revertir esa crisis no era alterar la nueva dinámica, sino reencauzarla para lograr un “crecimiento orgánico” en base a una *descentralización racional de la ciudad*, que contemplaba barrios autónomos. En ese proceso, los terrenos de la Ex Escuela de Agricultura, que en algún momento fueron límite, ahora habían quedado en el área intermedia de la ciudad, entre un centro que seguía manteniendo sus funciones simbólicas, políticas y culturales y la nueva periferia de industrias y barrios populosos. Por esos motivos, La Padula siempre consideró a esos terrenos para la CU. Pero no los pensó únicamente en función del beneficio para la Universidad, sino en relación con su compromiso con la propia ciudad, en la que la CU se constituía en un necesario espacio de mediación entre ese centro y aquellas periferias. Así lo informó al Ministro de Obras Públicas, Ing. Manuel F. Acuña, en una carta del 16 de abril de 1958:

Debe considerarse que en los terrenos solicitados, surgirá el conjunto edilicio más importante de nuestra provincia (...). La realización de la Ciudad Universitaria por su ubicación e importancia, por la posibilidad de concentrar en una sola zona la vida universitaria, será elemento fundamental de progreso de nuestra ciudad y será al mismo tiempo elemento de descentralización de actividades. Creando un nuevo foco de vida, (...) contribuirá a solucionar muchos de los problemas que la ciudad hoy evidencia. Entre ellos, la excesiva concentración de actividades que congestionan su mismo corazón, sobrecargado e inepto para recibir las nuevas corrientes de la vida que alimentan nuestra civilización.¹⁰

En las negociaciones sobre el predio de la FEP que se llevaron adelante entre la Nación, la Provincia y la Universidad, La Padula jugó un papel central, en su doble rol de técnico del MOP y de asesor de la Universidad, permitiendo que éstas llegaran a buen puerto, lo que muestra hasta qué punto estaba comprometido en el asunto. Lo cierto es que la CU fue una parte efectiva del PR que dio lugar, además, al único proyecto de renovación urbana del mismo. Esa renovación se dio, primero, en términos de una intervención de la Universidad por medio del llamado a Concurso y luego, en segundo lugar, en la transformación urbana de Nueva Córdoba. En un proceso mucho más lento, sujeto a las presiones del capital y del mercado –que comenzó a evidenciarse hacia finales de los años 80–, llevaron a que éste dejara de ser el antiguo barrio aristocrático para convertirse en un bullicioso barrio estudiantil, proceso que recién ahora está terminando de completarse. Luego del centro, ha sido Nueva Córdoba una de las áreas de la ciudad que más radicalmente ha cambiado su fisonomía en los últimos cincuenta años. De tal manera, la propia Universidad incidía en las transformaciones urbanas de una forma no prevista.

En 1959 se firmó el traspaso definitivo, quedando la Universidad a cargo del predio. Así, la Universidad ocupaba finalmente los

terrenos en los que había imaginado su lugar en la ciudad. Además, este nuevo espacio universitario, a medida que las actividades académicas se trasladaban allí, comenzaba a ser ocupado, vivido, transitado. Si bien su público principal fueron docentes y estudiantes, prontamente también comenzaron a circular artistas, obreros, políticos, militantes de todo tipo. En los movidos años 60 y 70, permitió que modernizadores culturales y radicalizados políticos se cruzaran y se confundieran, generando conflictos que luego se propagaban por la ciudad, o reproduciendo tensiones que la trascendían largamente. Así, la ciudad universitaria se transformaba en un espacio de mediación no sólo entre el centro y la periferia, sino también entre ciudad y cultura. Quisiéramos señalar brevemente algunos de esos episodios.

La inauguración oficial de Ciudad Universitaria se realizó en 1964 con motivo de la apertura de la II Bienal Americana de Arte que organizaba Industrias Kaiser Argentina como parte de su política cultural en el país, en sintonía con la política de Estados Unidos para el continente. De tal suerte, se mezclaba la guerra fría con la renovación de los circuitos artísticos nacionales e internacionales, instituciones públicas con privadas. La elección del Pabellón Argentina como sala principal de la Bienal buscaba jerarquizar tanto a la propia exposición como al Pabellón y a la CU en su conjunto, ya que lo ponía como una vitrina privilegiada de lo más “actual” de las corrientes artísticas del momento, convirtiéndola en pieza de un juego de disputas que tuvo resonancias regionales.¹¹ Según los organizadores, unas 70.000 personas recorrieron las exposiciones de la Bienal en CU.¹² Para 1966 comenzaron a sentirse las tensiones en el campo artístico entre las instituciones que promovían el arte de vanguardias y algunos de estos grupos, sobre todo de Rosario y Buenos Aires, que buscaban tensionar un vanguardismo estético con un vanguardismo político. La III Bienal, que abrió sus puertas en el recién inaugurado Pabellón de la Facultad de Ciencias Exactas en CU, fue

uno de esos espacios de manifestación, en el que una parte de los artistas participantes –junto a otros que vinieron para la ocasión– decidió realizar una escandalosa –según *Primera Plana*– “Anti Bienal Pop” en el centro de la ciudad en base a *happenings*, *ambientaciones* y lo que ahora llamaríamos *intervenciones urbanas*, contando con la presencia, entre otros, de Marta Minujín y Roberto Jacoby.¹³

Si la plástica halló en la CU un nuevo escenario que le permitía proyectarse regionalmente, aunque sujeta a una serie de operaciones que la trascendían ampliamente, el teatro y el cine encontraron ahí un espacio propicio para su desarrollo, que tuvo en la Escuela de Artes su principal espacio de innovación. Creada en 1948 por iniciativa de Lo Celso, vivió una verdadera “edad de oro” en los sesenta y setenta con la renovación que llevó adelante Raúl Bulgheroni entre 1961 y 1973. En 1964, Bulgheroni convocó a un grupo de cinéfilos locales para que estructuraran el nuevo Departamento de Cine. De ese grupo se puede destacar a Salzano, Bazán, Biassuto, Moreschi que, además de haber fundado el Centro de Estudiantes de Cine Arte, gestionaban el Cine Club Sombras, uno de los míticos cine club que funcionaron en los 60 en la ciudad, en el que un mayoritario público universitario asistía a la proyección del cine de vanguardia italiano y francés. De esta forma, se enlazaba ese circuito con la CU, en donde, en los 70, se haría sentir la radicalización política de la mano de un nuevo documentalismo comprometido. Igualmente, en 1965 comenzó a funcionar el Departamento de Arte Escénico, para el cual Bulgheroni convocó a María Escudero, quien prontamente formó el Teatro Estable de la Universidad de Córdoba que, junto al Libre Teatro Libre –también fundado por Escudero luego de su alejamiento de la Escuela en 1969– y La Chispa, produjo uno de los momentos más creativos del teatro independiente de Córdoba, con una propuesta que buscaba aunar experimentalismo estético con compromiso político à la Brecht (Tahan, 1994). En ese contexto, la Escuela de Arte organizó el III Festival Nacional de Teatro que

convocó a numerosos grupos de todo el país.¹⁴ El clima que se vivía en el sector de la Escuela de Artes de la CU bien puede resumirse en esta observación de un estudiante del Departamento de Cine: *tenés que ser izquierdoso o hippie, pero el consenso general es el del artista un poquitito loco*.¹⁵ Por tanto, a los circuitos culturales que transitaban el centro de la ciudad en bares y librerías, ahora se le sumaba el de CU.

Pero además este espacio universitario venía a modificar, también, la “estructura ecológica” de la vida estudiantil, al agregarle un nuevo *locus* de sociabilidad. Es decir, mientras las tradicionales zonas estudiantiles del Clínicas, Alberdi y el área alrededor del viejo Rectorado en el centro conservaban su primacía –el papel que tuvo el barrio del Clínicas en el Cordobazo como zona de resistencia así lo confirma–, la CU –y muy particularmente el Comedor Universitario– comenzaron a funcionar como un espacio de politización privilegiado, en un contexto de masificación del estudiantado, como *el punto de la gran concentración masiva*, según el análisis de Agulla, en donde podían comer diariamente de 5.000 a 10.000 estudiantes (Agulla, 1969, p. 45).¹⁶ Efectivamente, tanto aquí como en la explanada del Pabellón Argentina era normal que se juntaran grandes asambleas estudiantiles que, hacia finales de los sesenta, podían reunir entre 7.000 y 8.000 estudiantes.¹⁷ Por tales motivos, era común que ante cualquier agitación en la Universidad, una de las primeras medidas del Rector fuera cerrar el Comedor.¹⁸ Pero éste no sólo aglomeraba estudiantes, sino que también era usado por grupos políticos, como el “Cabildo Abierto del Peronismo Universitario” realizado en abril de 1972, que congregó a delegaciones de todo el país.¹⁹ O como el “Encuentro de intelectuales”, organizado por la Corriente Universitaria de Izquierda ligada al grupo de *Pasado y Presente*, que reunió en abril de 1970 a diversas tendencias de la izquierda intelectual para discutir las alternativas de la “revolución”. Algunos de los que participaron de las deliberaciones fueron José Aricó, Ricardo Piglia, David Viñas, Oscar

del Barco, Abelardo Ramos, Juan Carlos Portantiero, divididos en varias comisiones, como de “literatura y revolución”, “política universitaria y movimiento estudiantil”. Algunas de las mismas se llevaron adelante en el Pabellón Francia en CU y otras en la Facultad de Arquitectura, en el centro.²⁰

V El Concurso Nacional de Planificación de Ciudad Universitaria

Volvamos ahora al derrotero que siguió la CU. Una vez consumado el golpe de Estado de 1955, la Universidad, bajo la dirección del Rector Jorge Núñez, reactivó las tratativas para poder hacerse cargo del predio y de las obras que estaba terminando la FEP. A tal propósito se creó una “Comisión Especial”.²¹ Núñez elevó los resultados de la misma al Presidente Aramburu, con una copia del PR de La Padula. En septiembre de 1957, se firmó el traspaso de los terrenos y de un primer grupo de edificios. En noviembre el Consejo Superior de la UNC crea la “Comisión Técnica Asesora de Ciudad Universitaria”, quedando conformada por los arquitectos Bulgheroni, La Padula, Rébora, Jaime Roca y Enrico Tedeschi. La Comisión estaba encargada de adecuar los Pabellones existentes a las necesidades de las Facultades. Este proceso se terminó de cumplir en 1959, cuando las tratativas entre el Gobernador Arturo Zanichelli y el Rector Jorge Orgaz permitieron la sanción de la ley que disponía el traspaso definitivo del predio a la Universidad.

Bajo el rectorado reformista de Orgaz (1960-1964) la Universidad vivió, al igual que el resto de las Universidades Nacionales, un clima de renovación, crecimiento y transformación. En tal sentido, el Concurso Nacional de Planificación de Ciudad Universitaria, junto al proyecto para el edificio del colegio universitario Manuel Belgrano, que llevó adelante Orgaz, supuso uno de los mayores emprendimientos edilicios de la universidad. Pero, además, el Concurso implicó una serie de operaciones –en el terreno de lo discursivo, lo simbólico y lo material– que es preciso reconstituir. En primer lugar, estaba la pregunta de qué hacer con las marcas del peronismo en la ciudad, de las cuales la CU de

la FEP era una de las más evidentes. Al hacerse cargo de lo dejado por la Fundación, la Universidad buscó, como ya dijimos, establecer una interpretación sobre el valor de los edificios –en tanto restos materiales del “déspota depuesto”–, reproduciendo la ideología que negaba todo valor al pasado peronista, al mismo tiempo que, por otro lado, intentó borrar la mayor cantidad de huellas posibles, en el que la planificación proporcionaba los argumentos “racionales” por los cuales prescindir de la mayoría de los edificios, lo que no pudo ser llevada a la práctica por los avatares de los cambiantes escenarios políticos. En segundo lugar, el derrocamiento del peronismo planteó el interrogante de cuáles debían ser las transformaciones que la Universidad debía encarar. En los debates que condujeron al Concurso, se pusieron de manifiesto diferentes posturas, en las que se cruzaron concepciones arquitectónicas –que iban a prolongarse en el propio concurso– con debates sobre la función de la Universidad y la necesidad de su reforma. Todas ellas coincidían, en tercer lugar, con el optimismo de los sesenta sobre la capacidad de la planificación urbana y de la arquitectura en intervenir en los procesos de transformación social, que tenía en las ciudades universitarias un capítulo específico, y en la cual la Universidad depositaba sus propias esperanzas. Así lo expresaba en el libro *La ciudad universitaria*, editado en mayo de 1960, en el que establecía su posición al respecto, conjugando “reformismo del 18” con un fuerte antiperonismo:

Nuestra Universidad creció sin espíritu de cohesión alguno (...). Hemos tenido una universidad por la diversidad de las disciplinas que se enseñaban, pero no por la intervención universal de la cultura. (...) Faltó el espíritu de investigación y experimentación, el cual recién se ha logrado poner en marcha con el advenimiento de la Revolución Libertadora (...)

Luego se sitúan las posibilidades de superar esas deficiencias con el nuevo campus:

(...) se habla mucho de la posibilidad que abre la Ciudad Universitaria, no sólo como medio físico, sino como medio de la organización de la enseñanza. (...). La concentración dentro de

*un 'campus' (...), no significa aislamiento, sino oportunidad de fusión integral del núcleo urbano que lo compone. La unidad física empieza a despertar una unidad moral y pedagógica, un sentimiento de convivencia.*²²

En octubre de 1960 se creó la “Comisión Asesora para el Planeamiento de la Ciudad Universitaria”, compuesta por la anterior Comisión Técnica, más un representante por cada Facultad e Instituto y uno por los estudiantes y otro por los egresados.²³ La Comisión comenzó a funcionar en diciembre, con Rébora como su presidente. Rosarino de origen, había llegado a Córdoba a mediados de los cincuenta, y para principios de los sesenta ya era un reconocido arquitecto, habiendo ganado el primer premio, junto a Carlos Lange, Emilio Morchio, Mario Souberan y Antonio Bonet del Concurso para la Sistematización Urbano Edilicia del Centro Administrativo de Córdoba en 1955 (Schere, 2008, p. 253). De filiación demócrata-socialista, Rébora tuvo una activa participación en los grupos reformistas de Córdoba para luego ingresar como docente a principios de 1956, resultando electo Decano de la FAU en 1960. Roca, otro de los miembros de la comisión, era un prestigioso arquitecto local que para finales de los 20 había diseñado importantes edificios en Córdoba. Miembro de la élite cordobesa, se había formado en la Universidad de Michigan a principio de los 20 y al regresar se incorporó a la cátedra de Historia de la Arquitectura hasta 1946, cuando fue cesanteado por el gobierno peronista. Con el golpe de 1955 fue designado como Decano Interventor de la FAU. Tedeschi, italiano como La Padula, había llegado a la Argentina en 1948 contratado por la Universidad de Tucumán para que dictara un curso de Historia de la Arquitectura. En 1956 ingresó a la FAU como titular de Teoría de la Arquitectura. A partir de 1958, y como presidente del Instituto Interuniversitario de Historia de la Arquitectura, se convirtió en una de las principales referencias en teoría e historia de la arquitectura en el país.

En la Comisión se discutió la mejor manera de proceder a la planificación de la CU. Entre las

opciones propuestas, estaba la de la contratación directa —según Rébora, él mismo había contactado a Le Corbusier para que fuera el proyectista— o el llamado a concurso, decidiéndose por esta vía. Sin embargo, la principal discusión se dio entre quienes, como Rébora, sostenían que primero había que transformar la estructura de la universidad, pasando a un sistema de departamentos,²⁴ para luego proceder a una organización espacial acorde a la reforma, visión que era animada, además, por la preocupación sobre la función social de la universidad que no debía quedarse, en su opinión, sólo en *producir profesionales* y que no contribuía tampoco a la *formación moral y cultural* de sus estudiantes y entre quienes, como Roca, pensaban que, si bien la Universidad necesitaba modernizar su funcionamiento, tal empresa no sólo excedía las atribuciones de la Comisión, sino que no era *práctico modificar la actual organización*, porque *la estructura que tiene es idiosincrática*. La Padula intervino señalando las dos posibilidades: o se descentraliza por Facultades o se centraliza por Departamentos. Para éste, si bien era preferible esta última opción, ella implicaba una *verdadera revolución*, por lo que se debía optar por la primera. El debate se cerró recordando que la función de la comisión era sólo el llamado a Concurso. Finalmente, en noviembre de 1961 el HCS aprobó el llamado a Concurso, que debía incluir una propuesta de planificación a 50 años y el anteproyecto para la Facultad de Ciencias Económicas. El jurado del Concurso quedó compuesto por Marcelo Moyano —representante de la FAU—, Juan Martín Allende —representante de los Decanos—, Fernando Esteban —representante de la FCEFyN—, Julio Pinzani —representante de los participantes— y Ernesto La Padula —representante del Rector—, reconociendo con ello la importancia que tuvo La Padula en todo el proceso. Se receptaron seis trabajos, pero el Jurado dejó fuera de concurso a dos por excederse en el límite máximo de superficie. Por decisión unánime, se otorgó el primer premio al proyecto de Bernadino Taranto, Huberto Hobbs, A. Revol Luque, Edmundo

Arias y Esteban Díaz García (fig 3).²⁵

Como ha señalado Jorge Liernur (2008b, p. 311), no podría entenderse buena parte de la dinámica de la cultura arquitectónica argentina de los 60 sin señalar el mecanismo generalizado del llamado a Concursos Nacionales que posibilitó la proliferación de nuevos estudios de arquitectos y que sirvió como vehículo de debates y nuevas propuestas arquitectónicas. Efectivamente, en Córdoba vemos proliferar en estos años diversos estudios que tuvieron una importante presencia en el desarrollo de la cultura arquitectónica local. En tal sentido, el equipo ganador resultó de la fusión de dos de los más

dinámicos estudios del momento. Taranto había comenzado a trabajar con Arias a mediados de los 50, poco antes de recibirse. En 1964 accedió a la titularidad de Composición Arquitectónica III, siendo elegido Decano ese mismo año. Por otro lado, el estudio de Hobbs, Díaz y Revol se formó en 1955. Todos ellos, conviene recalcar, eran docentes de la FAU, la mayoría de ellos Titulares de Composición Arquitectónica.

La propuesta del proyecto ganador, enrolado genéricamente en el urbanismo de los CIAM, incluía un sistema de circulación vial anillar, en cuyo centro quedaban comprendidas los principales edificios del campus. Esta

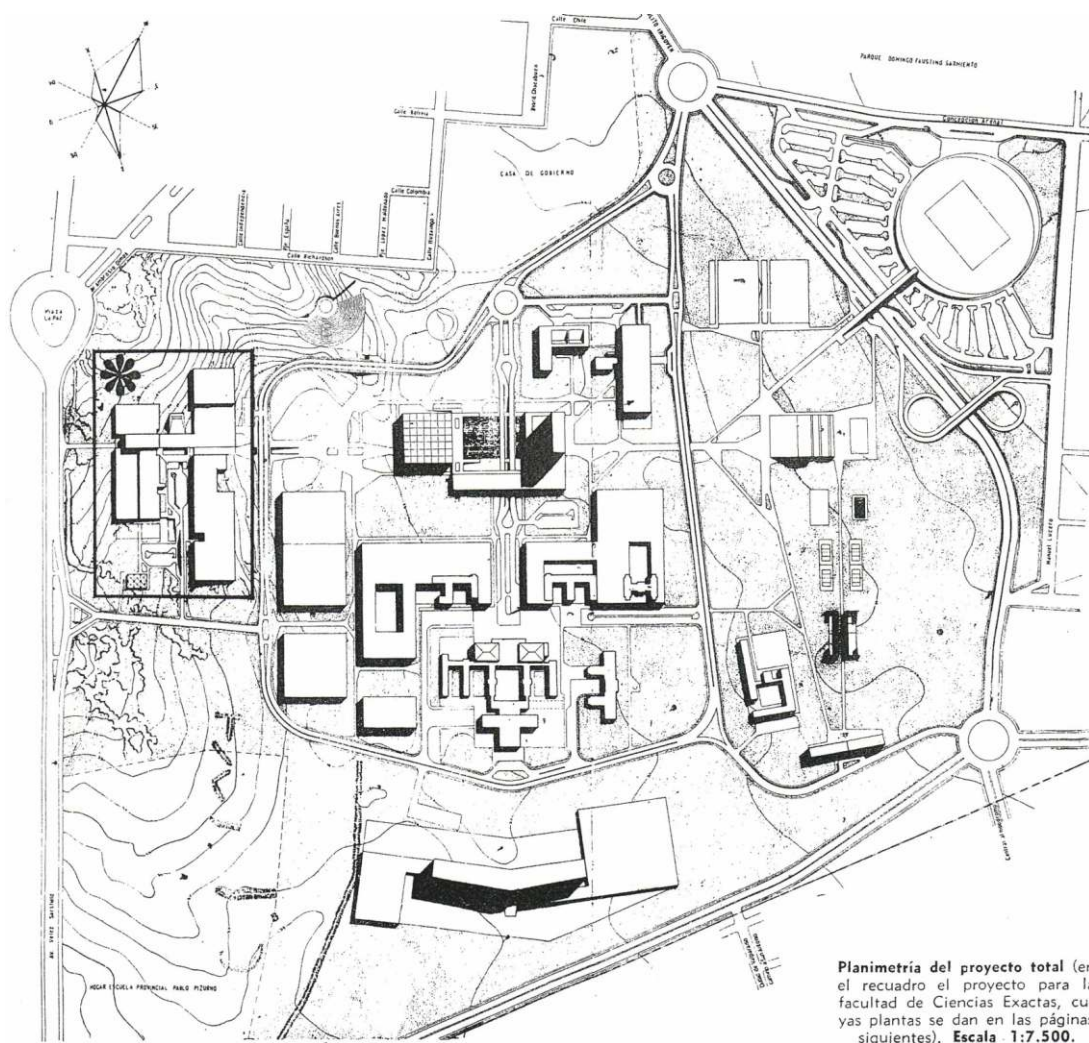


Fig. 3: Plano general Proyecto Taranto, Hobbs, Díaz, Arias, Revol, 1962. *Nuestra Arquitectura* (1966), 433, p. 37

modalidad, en términos funcionalistas, recuerda a la ya propuesta por Sabaté –que no llegó a ser materializada del todo–, señalando la dificultad de desprenderse del legado peronista. Al igual que ésta, establecía el acceso principal sobre el Parque Sarmiento, pero dividía al campus en cinco zonas. Según el criterio del jurado: *La zonificación orienta claramente la agrupación de los edificios de acuerdo con las actividades que en ellos se desarrollan*.²⁶ El proyecto, en un gesto modernista de “tabula rasa”, suprimía unos 4.500 m² de edificios existentes, conservaba 44.000 m² casi exclusivamente del Pabellón Argentina y proyectaba construir unos 247.000 m². En tanto, la propuesta para el edificio de Ciencias Económicas se inscribe en las variantes renovadoras de la “arquitectura moderna” de la segunda posguerra, particularmente las que estaba proponiendo el Team X en base a grandes espacios centrales a doble altura, rodeados por corredores que pretendían reproducir el espacio de la calle. El uso del hormigón armado y el vidrio definían la materialidad del edificio en una suerte de “nuevo brutalismo” tan característico de finales de los 50 y principios de los 60. El mismo equipo de arquitectos ganó el concurso para el edificio de la Facultad de Ciencias Exactas, realizado poco después.

Pero lo más interesante del Concurso, en términos de cruce entre debates arquitectónicos y políticos, se dio cuando la revista *Nuestra Arquitectura* publicó, a pedido de Córdoba, uno de los proyectos que el jurado dejó fuera de Concurso: el de Rébora, Luis Cuenca y Tomás Pardina. Si bien en términos de estéticas arquitectónicas ambos proyectos no se diferenciaban demasiado, adscribiendo a las propuestas en boga del Team X, la concepción espacial del conjunto difería radicalmente. Mientras el proyecto ganador estructuraba su propuesta en base a una diferenciación funcional que respetaba el ordenamiento por Facultades, el de Rébora, Pardina y Cuenca proponían un edificio central que aglutinara al conjunto de las actividades académicas, en una suerte de “edificio total”. Según la memoria del proyecto, la Universidad

como institución es un todo, cuyas diversas funciones deben guardar entre sí conexión indestructible. Esto se traducía, en su resolución espacial, en la idea de integrar toda la actividad docente en un sólo elemento.²⁷ De tal suerte, expresaban en términos espaciales su concepción particular sobre la Universidad. En su formulación, el diseño del edificio debe enmarcarse en el imaginario arquitectónico de los 60, en donde la arquitectura adquiría la escala de grandes soluciones espaciales, que dos años después, en 1964, adoptaría el nombre de “megaestructuras”. Como ha señalado Reyner Banham (1978, p. 130), fue en el ámbito universitario donde las megaestructuras no sólo tuvieron a uno de sus primeros antecedentes en el proyecto de la CU de Tucumán, sino que también fue allí donde se llevaron adelante la mayoría de este tipos de emprendimientos. El proyecto de Rébora, de tintes revolucionarios en cuanto a diseño de ciudades universitarias según *Nuestra Arquitectura*, si bien no era estrictamente una megaestructura –ya que no cumplía con algunas de sus principales características, como la de una estructura permanente y otra transitoria y la posibilidad de una ampliación ilimitada–, el recinto único, la integración vertical y horizontal de sus actividades, la circulación resuelta a una doble escala arquitectónica y urbana y la idea de patios centrales –que retomaba el viejo tema de los claustros de la ‘Casa de Trejo’ a la luz de una nueva concepción arquitectónica y espacial–,²⁸ no dejan de reenviar a algunos de los tópicos megaestructurales del momento. Pero más allá de esta filiación, es difícil establecer las fuentes del proyecto, aunque se podrían nombrar, como referencias cercanas, las ciudades universitarias de Río de Janeiro (1955) y de Brasilia (1960) que proponían grandes estructuras arquitectónicas, en donde la influencia de Le Corbusier –a quien Rébora seguía muy de cerca– era notoria (fig. 4, fig 5).²⁹

De tal manera, Rébora llevaba a términos a arquitectónicos la propuesta que había planteado en la Comisión encargada de organizar el Concurso, aún cuando ésta las

había rechazado porque excedía sus funciones. Y si el proyecto fue descartado –según el jurado– por excederse en la superficie máxima, no deja de ser ilustrativo de un clima de discusión –que en este caso puntual podríamos señalar con el oxímoron de “reformismo revolucionario”– en el que las expectativas modernizadoras, asentadas en el potencial rol que la Universidad debía recuperar dentro de la sociedad, iban asociadas a la creencia en la capacidad transformadora de la arquitectura, que seguía el *dictum* lecorbusereano de “arquitectura o revolución”. La posición de Rébora, compartida por un grupo importante de arquitectos cordobeses, entre los que estaban los ganadores del concurso,³⁰ refleja las posiciones paradójicas que eran posibles en los sesenta pero que, con el proceso de radicalización política, se iban a tornar insostenibles en los setenta. Ningún ejemplo viene mejor que a esta propuesta de Ciudad Universitaria “total” no le correspondiera un mismo apoyo, por parte de aquel grupo, al “Taller Total” que se desarrolló en la FAU entre 1970 y 1975. Sin duda que el paso del optimismo reformista del proyecto arquitectónico de Rébora a la ansiedad radicalizada de la experiencia político pedagógica del Taller Total hay una serie de mediaciones que imposibilitan una identificación directa, en tanto ambos respondieron a lógicas distintas. Sin embargo, la voluntad de poner de manifiesto la

intervención de la arquitectura en los procesos sociales les era común a ambos, aunque los acentos hayan sido diferentes. Si en Rébora esa voluntad aparecía comprometida con una resolución espacial que tradujera un programa político-intelectual, el Taller Total radicalizaría esa posición para llevarla al terreno del compromiso social y político *tout court*. Pero no es que esa radicalización se alzara en contra de aquellos reformistas, sino que simplemente lo hizo sin ellos. Dicho muy esquemáticamente, si ese grupo de arquitectos, todos docentes de la FAU, habían quedado como referentes de una serie de debates y reformas que se intentaron en la FAU a mediados de los 60, interrumpidas por su expulsión con el golpe de Onganía en 1966, cuando algunos de esos planteos fueron retomados en 1970 dando lugar a la propuesta del Taller Total, en una enérgica respuesta a la situación que se vivía en la Facultad intervenida, ellos quedaron al margen de ese proceso, incorporándose en un momento muy avanzado –y sin una participación del todo decidida– en el Taller Total.

A modo de cierre, podríamos decir que el “espacio” de la Ciudad Universitaria de Córdoba nos permitió ver algunas de las “mediaciones” que se dieron entre arquitectura y política, entre ciudad y cultura. Ya que allí convergieron, para superponerse, diversas historias particulares, cada una con sus tiempos y modalidades. De tal forma, pudimos ver cómo el proyecto de CU, siendo

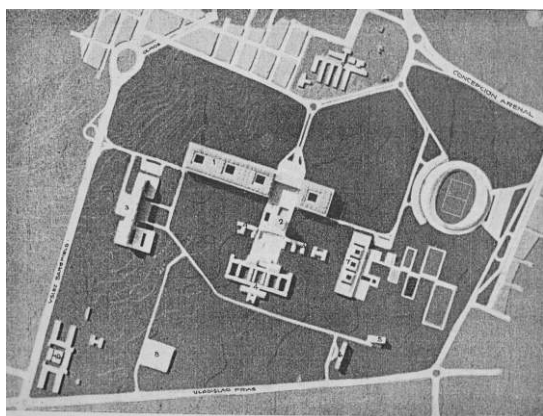


Fig. 4: Plano general Proyecto Rébora, Cuenca, Pardina, 1962. *Nuestra Arquitectura* (1967), 438, p. 13.

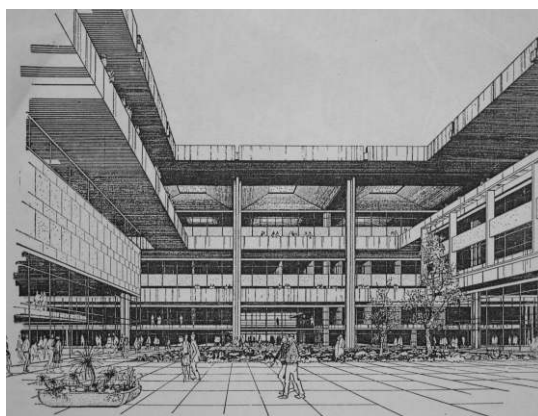


Fig. 5: croquis edificio principal Proyecto Rébora, Cuenca, Pardina, 1962. *Nuestra Arquitectura* (1967), 438, p. 12.

una aspiración de largo aliento de la Universidad, resultó materializado por la Fundación Eva Perón como parte de un proyecto político nacional que salteaba lo local y lo específico universitario. A su vez, los avatares políticos imposibilitaron terminar este proyecto que se convirtió en otra de las huellas del peronismo que la “Revolución Libertadora” intentó borrar. En plena efervescencia de renovación universitaria, el Concurso de Planificación de 1962 implicó la concurrencia de debates arquitectónicos y político-pedagógicos sobre la posibilidad de una transformación de la universidad, así como también significó reforzar el dispositivo de negación de la herencia peronista. El resultado del mismo, al tiempo que ponía de manifiesto las líneas predominantes de la cultura arquitectónica del momento, daba lugar –en el proyecto de Rébora, Cuenca y Pardina– a un ensayo de “reformismo revolucionario” que expresaba en términos espaciales-arquitectónicos una concepción particular de la universidad. Por otro lado, la CU, al ser habitada, comenzó a jugar un rol específico dentro de las cambiantes tramas urbanas de Córdoba. En tal sentido, no sólo implicó un novedoso espacio de politización para el movimiento estudiantil cordobés, sino que también propició un espacio de sociabilización para los renovados circuitos culturales de la ciudad.

Agradecimientos

A Pablo González el haber llamado mi atención, en un primer momento, sobre la importancia de Ciudad Universitaria. Además con él publicamos una primera aproximación al tema en el marco de los festejos por los 400 años de la UNC. Los comentarios de Adrián Gorelik y Anahí Ballent fueron fundamentales para reformular este trabajo. También quiero agradecer los comentarios de Horacio Gnemmi y Martín Fusco.

Notas

¹ Para una aproximación a los debates urbanos y arquitectónicos respecto a las ciudades universitarias en la Argentina, ver Gentile (2004). Sobre la CU de Córdoba, el único trabajo que hay hasta el momento es Page (2001) que, a pesar de algunas imprecisiones, tiene el mérito de haber recogido todos los proyectos de CU.

² Ana Clarisa Agüero (2006, 2012) ha trabajado profusamente sobre las formas en que las élites cordobesas han disputado su lugar en la nación, con especial atención respecto de qué manera la ciudad de Córdoba fue pensada e imaginada en la geografía nacional.

³ Según el diario *Los principios*, 28 de abril 1910, Kronfuss estuvo en Córdoba a finales de 1909 para recoger la información necesaria para su proyecto. El diario publicó los planos y perspectiva de los edificios.

⁴ Sobre el Comedor Universitario de la UNLP, ver Gandolfi & Gentile (1997).

⁵ Perón, E. (1949). Mi obra de ayuda social, S/D, p. 14. Colección Especial Biblioteca del Congreso Argentino: "peronismo".

⁶ Universidad Nacional de Cuyo (1951). *La Universidad y la revolución*, Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Aparentemente el proyecto de la CU de Mendoza no se llevó adelante.

⁷ Sabaté propuso en 1938 la realización de una CU para Buenos Aires en una conferencia que dio en la Sociedad Central de Arquitectos –de la que era presidente–, propuesta que había comenzado a realizarse en 1948 pero que al poco tiempo se vio frustrada.

⁸ Sabaté, J. (1952). Ciudad Universitaria de Córdoba. Anteproyecto de modificación y ampliación, Caja A214-A220, Archivo Sabaté, Museo Evita, Buenos Aires. Toda la información que sigue ha sido extraída de este informe, al menos que se indique en contrario. Agradezco al director de la Biblioteca y al personal su buena predisposición y ayuda para consultar el valioso material que allí tienen.

⁹ Finalmente llegaron a construirse alrededor de 30.000 m², no realizándose el pabellón posterior que representaba prácticamente un cuarto del total de metros cuadrados.

¹⁰ La Padula, carta al Ministro de Obra Públicas de Córdoba, 16-4-58, citado en *La ciudad universitaria* (1960) (pp. 54-55). Córdoba: UNC.

¹¹ Sobre las BBA véase Rocca (2009), sobre las relaciones entre el desarrollo del arte argentino en el contexto de la guerra fría, véase Giunta (2004).

¹² *Análisis*, Boletín A.K., 5, 5 de octubre 64, Buenos Aires, citado en Rocca (2009, p. 213).

¹³ Véase al respecto, todo el capítulo dedicado a la "Antibienal" en Rocca (2009).

¹⁴ "Teatros. Un festival en la onda verde (1969). *Jerónimo*, año 1, 78.

¹⁵ Cine cordobés. Una vida difícil (1970, primera quincena). *Jerónimo*, año 2, 25, pp. 38-41.

¹⁶ Subrayado nuestro. Con un aumento constante de su matrícula desde los años 50, a partir de la eliminación de los aranceles por parte el gobierno peronista, en los sesenta se produce una verdadera explosión del estudiantado que, en el caso de Córdoba, es notoria entre 1968 y 1972, prácticamente duplicando sus ingresantes en esos cinco años. Esta masificación trajo aparejados cambios en las formas de organización del movimiento estudiantil que, según Delich (1994), encontraba en la "acción de masas" su forma de protesta política, ya que no podía asumirse más de forma paternalista con el movimiento obrero. Los espacios propicios del Comedor y de la explanada del Pabellón Argentina, así como otros más pequeños como el Teatrino, sin duda contribuyeron a facilitar el dinamismo de esa masificación.

¹⁷ *Jerónimo* (1972, segunda quincena de junio), año 1, 11, p. 21.

¹⁸ La Universidad de los Noreos (1969, 20 de mayo). *Jerónimo*, año 1, 10, p. 18.

¹⁹ *Jerónimo* (1972, 1 al 15 de mayo). Año 1, 10, p. 21.

²⁰ Debate en la izquierda (1970, segunda quince de octubre). *Jerónimo*, año 2, 30, p. 40. Ver Burgos (2004: 139 y ss.).

²¹ La comisión estuvo compuesta por Jaime Roca y Alejandro Ferreyra Centeno en representación de la UNC y Juan H. Masjoan y La Padula en representación de la Provincia.

²² *La ciudad universitaria* (1960) (pp. 10-11). Córdoba: UNC.. Subrayado nuestro.

²³ Todas las referencias del Concurso de Planificación, así como las citas, han sido extraídas del expediente N 44.224/60, Archivo Histórico Universidad Nacional de Córdoba.

²⁴ Recordemos que en los 60, al compás del impulso de modernización cultural, se dieron fuertes debates

en torno al tema de la departamentalización de las universidades, cuyo caso paradigmático fue el Departamento de Sociología de la UBA (Sigal, 2001, p. 76).

²⁵ El procedimiento utilizado en Córdoba contrasta fuertemente por el seguido en la Universidad de Buenos Aires. Según se desprende de lo publicado en *Nuestra Arquitectura*, en 1959, luego de haber decidido la ubicación de la CU en su sitio actual, se llamó un concurso de ideas interno a la FAU. Poco tiempo después este proyecto fue dejado de lado por uno realizado por Eduardo Catalano y Horacio Caminos, del que sólo llega a construirse los pabellones para Ingeniería y Arquitectura.

²⁶ *Nuestra Arquitectura* (1966), 433, p. 40.

²⁷ *Nuestra Arquitectura* (1967), 438, p.12. Subrayado de la cita anterior nuestro.

²⁸ *Ibidem*, p. 13.

²⁹ Si bien la CU de Río que se construyó en 1955 fue producto del Plan Maestro de Jorge Machado Moreira en 1955, que tuvo cierta difusión en el país, Le Corbusier había sido contratado para elaborar un plan en 1936, al que luego le siguió otro de Lucio Costa en 1937.

³⁰ Taranto, en una entrevista, nos contó que fueron ellos quienes enviaron el proyecto de Rébora a *Nuestra Arquitectura* ya que, cuando lo conocieron, dijeron que ese era el proyecto que a ellos les hubiera gustado presentar. Entrevista con el autor, mayo de 2010.

Bibliografía

- Agüero, A. C. (2006). Córdoba en el imaginario de lo nacional. La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialek-Massé, *Prismas*, 10, pp. 79-98.
- Agüero, A. C. (2012). Comunidades, circuitos y lugares relativos en la cultura nacional. Caída y reparación de Córdoba entre dos generaciones (1880-1920). En P. Laguarda & F. Fiorucci (Ed.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)* (pp. 55-77). Rosario: Prohistoria.
- Agulla, J. C. (1969). *Diagnóstico social de una crisis*. Buenos Aires: Editel.
- Ballent, A. (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: UNQ.
- Banham, R. (1978). *Megaestructuras. Futuro urbano del pasado reciente*. Barcelona: GG.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de "Pasado y Presente"*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Delich, F. (1994). *Crisis y protesta social* (primera edición de 1970). Córdoba: UNC.
- Gaggero, H., & Garra, A. (2009). *Mejor que decires hacer, mejor que prometer es realizar. Estado, gobierno y políticas sociales durante el peronismo (1943-1955): proyectos y realidades*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Gandolfi, F., & Gentile, E. (1997). Ni muros áridos, ni calles rectas. El espacio de la Universidad de La Plata, 1897/1975, *Al fondo*, 1, pp. 10-17.
- Gentile, E. (2004). Voz Ciudad Universitaria En J. Liernur & F. Aliata, *Diccionario de Arquitectura en la Argentina* (tomo c-d, pp.83-88). Buenos Aires: AGEA.
- Giunta, A. (2004). *Vanguardismo, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Paidós.
- Liernur, J. F. (1995). Architetti italiani del secondo dopoguerra neldibattito architettonico nella 'nuova Argentina' (1947-1951), *Metamorphi. Quaderni di architettura*, 25/26, pp. 71-80.
- Liernur, J., & Pschepiurca, P. (2008a). *La red austral. Obras y proyecto de Le Corbusier y sus discípulos en la Argentina (1924-1965)*. Buenos Aires: UNQ.
- Liernur, J. F. (2008b). *Arquitectura en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: FNA.

- Posse, L. (1927). Proyecto de ciudad universitaria, *RUNC*, año XVI, 9-10, pp. 273-280.
- Page, C. (2001). *La ciudad universitaria de Córdoba. Antecedentes de su emplazamiento y proyecto del arquitecto Jorge Sabaté (1949)*. Buenos Aires: Academia Nacional de Historia.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scherer, R. (2008). *Concursos 1826-2006*. Buenos Aires: SCA.
- Tahan, H. (1993). Presencia de Brecht: utopía en la práctica teatral de Córdoba, *Estudios*, 2, pp. 33-46.
- Urrutia, J. M. (1948). Palabras del Rector. En *La ciudad Universitaria Presidente Perón* (pp. 9-13). Córdoba: UNC.